

Un viento enorme...

A Pablo Bilbao Aristegui

UN viento enorme se anuncia desde horizontes desconocidos,
para traernos una nueva vida,
con una nueva memoria, entendimiento y voluntad,
y una nueva acción.
Viene como un agua imponente, como un mar purísimo
cuyo caudal fuera a bañar de un golpe nuestra vida pasada.
Oh, nueva plenitud que se anuncia en este rumor arrasador,
que se siente llegar desde la entraña de los siglos más remotos
y que, sin embargo, cuando nos envuelva en su olaje,
creeremos encontrarnos con algo que habíamos conocido desde siempre.
Ante su inminente presencia,
es preciso examinarnos rápida y profundamente,
como ante un cataclismo
que va a acabar con nuestras vidas; mezclando a los remotos
rumores -más cercanos cada vez- el golpear de nuestro pecho.

Yo he padecido mucho.
Me desahogo diciendo claramente ante los cuatro horizontes,
que mi vida ha sido desgraciada desde muy pequeño.
Y, sobre todo: la incomprensión.
Nadie sabe exactamente que yo soy sólo como mis poemas expresan,
con su inmensa desgarradura y la infinita apetencia de ser bueno
y la sed infinita de las estrellas.
Que yo no soy ese ser absurdo a quien la amistad desconoce
y para quien el amor es esa dura corteza agrietada como mi corazón.
Mi corazón es el de un niño:
per eso tengo los ojos grandes, hechos a la medida del cerebro
si las arrugas de mi frente no martirizasen constantemente a mis pen-
(samientos.

¿Por qué, Señor, no he de poder yo ser feliz,
viendo como la médula de mis pensamientos y de mi corazón enternecida?
¿Será verdad que deseas Tú que sufra de este modo,
no siendo como la verdadera configuración interna de mi ser,
juzgándome los demás según el resultado de ésta imposibilidad?
Pero fuiste Tu, Dios mío,
quien me creó a tu imagen y semejanza
de una manera más particular que la mayoría de los hombres.
¿Resultarías Tu -entonces- tan inicuo que irías contra tus propias obras,
precisamente de quienes podían esperarse mayores frutos de salvación?
¡Oh, no!... Tu mano mueva este viento enorme que apenas me deja ya ha-
(blar contigo,
que comienza a remover las hojas sobre las que estoy escribiendo,
y agita mis cabellos, cada vez con mayor precipitación...

quede anegado en este mar que se acerca,
mar purísimo y lento que comienza a ascender por mis pies, mis rodi-
(llas....
y que, dentro de un momento,
me habrá sepultado para siempre, para resucitar más feliz y verdadero.

Bilbao, 2-I-42

A Pablo Bilbao Arístegui

UN viento enorme se anuncia desde horizontes desconocidos,
para traernos una nueva vida,
con una nueva memoria, entendimiento y voluntad,
y una nueva acción.
Viene como un agua imponente, como un mar purísimo
cuyo caudal fuera a bañar de un golpe nuestra vida pasada.
Oh, nueva plenitud que se anuncia en este rumor arrasador,
que se siente llegar desde la entraña de los siglos más remotos
y que, sin embargo, cuando nos envuelva en su oleaje,
creeremos encontrarnos con algo que habíamos conocido desde siempre.
Ante su inminente presencia,
es preciso examinarnos rápida y profundamente,
como ante un cataclismo
que va a acabar con nuestras vidas; mezclando a los remotos
rumores -más cercanos cada vez- el golpear de nuestro pecho.

Yo he padecido mucho.
Me desahogo diciendo claramente ante los cuatro horizontes,
que mi vida ha sido desgraciada desde muy pequeño.
Y, sobre todo: la incomprensión.
Nadie sabe exactamente que yo soy sólo como mis poemas expresan,
con su inmensa desgarradura y la infinita apetencia de ser bueno
y la sed infinita de las estrellas.
Que yo no soy ese ser absurdo a quien la amistad desconoce
y para quien el amor es esa dura corteza agrietada como mi corazón.
Mi corazón es el de un niño:
por eso tengo los ojos grandes, hechos a la medida del resombro
si las arrugas de mi frente no martirizaran constantemente a mis pen-
(samientos.

¿Por qué, Señor, no he de poder yo ser feliz,
siendo como la médula de mis pensamientos y de mi corazón enternecido?
¿Será verdad que deseas Tú que sufra de este modo,
no siendo como la verdadera configuración interna de mi ser,
juzgándome los demás según el resultado de ésta imposibilidad?
Pero fuiste Tú, Dios mío, *semejanza*
quien me creó a tu imagen y semejanza
de una manera más particular que la mayoría de los hombres.
¿Resultarías Tú -entonces- tan inicuo que irías contra tus propias obras,
precisamente de quienes podían *esperar* mayores frutos de salvación?
¡Oh, no!... Tu mano mueva este viento enorme que apenas me deja ya ha-
(blar contigo,
que comienza a remover las hojas sobre las que estoy escribiendo,
y agita mis cabellos, cada vez con mayor precipitación...

quede anegado en este mar que se acerca,
mar purísimo y lento que comienza a ascender por mis pies, mis redi-
(llas....
y que, dentro de un momento,
me habrá sepultado para siempre, para resucitar más feliz y verdadero.

